

1.

Han barrido ya las miradas.

Ahora, sin piel, la camisa huye.

Han asesinado de nuevo las sonrisas;

Y sólo tú sabes llegar vacilante,

Rompiendo acaso el silencio de un grito a oscuras.

Ebria, despeinada, aúllas mentiras que huelen a verdad.

Sé que nadaste en ávidos corazones

Y todos gemían aquel estúpido leitmotiv:

Perecemos de todos modos.

2.

Dime Dios (si te atreves a gritar desde tu pedestal)

Dime si al final de la tragedia,

Desde la cavea infectada de barro,

Aplaudirán los metecos mi gloria,

Besará Lesbia mi fracaso.

Dime Dios (y censura las miradas)

Dime si al final del camino,

Tras la mentira, será dura la caída,

Susurra, ¡tú!, mezquino,

Para qué tanta sangre, vómito, semen y saliva.

3.

Inmerso en espacios impertinentes, tus labios regalan mundos ulteriores

y yo ya no bailo en centros comerciales.

Sorteo alambres, busco apagones.

Hoy es imperativo de caída. No hay espacios contiguos ni colores fijos en mi almohada sincronizada.

Te sigo viendo con mi mirada rota, con mis días extraños.

Te sigo bailando el nombre en noches fluorescentes.

Hoy es sinónimo de manos huecas y la carencia de tu roce.

Mientras fuera hay mucho ruido y esto se pudre,

Mientras alguien fuera canta y yo aniquilo el solipsismo de la masturbación vespertina.

Me convierto en algo bueno para morir en secuencias legales,

Algo decente para caer en el terrorismo de la luz del mediodía.

4.

Quiero quedarme a solas con mi pensamiento a las cuatro de la tarde.

Te imagino en la playa, asombrada por la levedad.

Ayer, tu terraza fue una invitación al escalofrío.

No hay más que el miedo a caer, el miedo de tus labios, el pavor de necesitar tus ojos imposibles.

Necesidad de pantallas encendidas y dedos urgentes; caídos contra la pared, resbalando en el suceder.

Intento mover muros con mánadas y alegorías y me conformo con el baile de una hoja.

Necesidad de la velocidad, del fluir de los miembros en habitaciones ajenas.

He equivocado mis ojos y la lírica de noches sesgadas,

Me he perdido en pechos erectos que sonrían y días sangrientos que hablan de nada.

Necesidad de la belleza, pero se oponen cráneos rasurados en esquinas oblicuas.

Siento el tormento en mi pecho porque me asusta que al sur del sur no haya epistemología.

5.

Entro en la ciudad.

Desnudo, sus miradas acusan.

Se yerguen ante mí estatuas infames.

Beso las paredes.

Intento aferrarme al callejón marginal.

Pierdo la fe en piernas impersonales.

Piso los últimos escombros.

Después no hay nada.

El reo reza sin lágrimas.

La puta pobre no sabe ya llorar.

La ciudad.

Las colmenas gimen el estupor de damnificados ignorantes.

La ciudad.

Perros escuálidos cagan en el ayuntamiento.

La ciudad es una peregrinación a la excesiva certeza.

La ciudad es un enemigo con armas de fuego; la gente putrefacta.

Después no hay nada; pierdo mi yo, arden banderas.

Muerenucas en el asfalto.

La ciudad.

6.

Entre un denso olor a gasolina tus ojos buscan un abismo familiar.

Rugen arriba los aviones y el asfalto hunde la goma de mis pies.

Nos dijeron que la belleza era todo y tu voz verbum interioris.

Retengo mi mundo en este segundo.

Sólo este segundo. Sólo mi mundo.

7.

Deteneos en la cópula; gozad la rabia, escupiendo manos omnipotentes.

La absoluta perfección es el sumo placer. Respirad en la reciprocidad de los flujos;

Sólo el espasmo es indubitable.

Concibo mi alma como un pene estriado.

Gritado el ocaso y la belleza de la extensión.

Sólo sé que soy un cuerpo.

En mí navega la razón a hurtadillas, buscando metódicamente tu sexo y tu volumen.

8.

Nada que decir en la densa certidumbre,

Acusando la fría indiferencia de tu piel rasgada.

Nada que engullir tumbado en el frío asfalto;

No temo el vello de tu sexo rasurado

No lloro los días fúnebres

No grito la injusticia en salas castas de placer

No niego lo infame, no amo tu sofá mullido.

Amor es sinónimo de desidia. Cruda verdad, golpeando la esperanza teñida de negro.

Devastadora soledad.

En una playa preñada de luces perdí mi fe, mi victoria de días grises.

9.

Detrás de escombros, surge la idea de amarte.

En estaciones de autobuses siento el casi de tus labios.

Quiero oír que algo va bien,

Tocarte en salas de espera, mientras espanto el ruido de colchones roídos.

Anhelo rozar tu sexo, sentir tu sonrisa.

La vida duele muy deprisa

Y tu segundo no me pertenece.

FRANCISCO ROBLES POSTIGO